

# EL MAPA DE MIERA Y PACHECO DE 1758 Y LA CARTOGRAFÍA TEMPRANA DEL SUR DEL NUEVO MEXICO\*

Chantal CRAMAUSSEL

## INTRODUCCIÓN

Con frecuencia, el historiador tiende a considerar a los mapas antiguos, y en especial a las grandes cartas geográficas, como curiosidades archivísticas, útiles mucho más en el contexto de la historia de la ciencia que como auténticas fuentes históricas. Ciertamente esta clase de mapas son materiales esenciales cuando se pretende evaluar el estado de los conocimientos geográficos y científicos en general de una época, pero su utilidad no se detiene allí; un estudio pormenorizado de muchos de ellos permite arrancarles una insospechada cantidad de datos e informaciones acerca de la época y lugar en que fueron dibujados. Si se le sabe leer, el mapa es perfectamente capaz, por ejemplo, de proporcionarnos una imagen clara acerca de la manera como los actores sociales entendían y trataban de organizar su propio entorno geográfico, algo que difícilmente podría ser estudiado tan sólo a partir de la documentación escrita. Tal es el caso del plano elaborado en 1758 por Bernardo de Miera y Pacheco, cartógrafo e ingeniero, quien acompañó al gobernador don Francisco Antonio Marín del Valle en una visita por el Nuevo México; esta expedición se llevó a cabo en 1757.<sup>1</sup>

La parte sur del antiguo reino del Nuevo México, la cual comprendía, a mediados del siglo XVIII, parte del extremo suroeste de Texas, el sureste del actual estado de Nuevo México y el norte del estado de Chihuahua, ha permanecido casi olvidada tanto por la historio-

\* Presenté con Claudia Mireya Pérez de Luna una primera versión de este trabajo durante el congreso Mogollón que tuvo lugar en las universidades de El Paso y de Ciudad Juárez en noviembre de 1991; se omite aquí la segunda parte de la ponencia que expuso mi compañera por ser de interés meramente local, y pertenecer a una investigación aún inconclusa para la Historia General del Estado de Chihuahua, la cual se está llevando a cabo en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez; sólo se incluye aquí el mapa de localización elaborado por Claudia Mireya Pérez de Luna. Agradezco a Salvador Álvarez la revisión del texto.

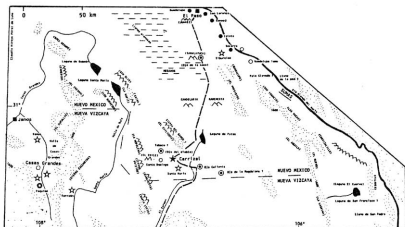
<sup>1</sup> Este plano ha sido reconstruido y publicado en John L. Kessell, *Kiva, Cross and Crown. The Pecos Indians and New Mexico, 1540-1840*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1987, p. 510-511; el mapa se encuentra en el Archivo General de la Nación, *Californias* 39.

# EL MAPA DE 1758 DEL NUEVO MEXICO DE BERNARDO DE MIERA Y PACHECHO



Detalle de la zona estudiada

## Ubicación en el mapa moderno de los toponímicos indicados por Miera y Pacheco en 1758



### Leyenda

	Ubicación segura	Ubicación supuesta		
Presidio	■		Sierras por debajo de los 1600m	SINAS
Misión	★	○		
Hacienda	●	☆	Llanos arenosos	
Ruinas de gentiles	⊙		Camino real	
Ciudad de agua	⊗		Toponímico moderno	

Fuentes: AGN, Ramo *California*, v. 39, mapas de Bernardo de Miera y Pacheco, publicados por John I. Kessel en: *Kiva, Cross and Couve*, University of New Mexico Press, p. 509; DETENAL 1: 100 000 y Plano Geológico Minero de Chihuahua: 1: 500 000.

grafía mexicana como por la estadounidense.<sup>2</sup> Puede decirse que, durante los siglos XVII y XVIII, la antigua gobernación del Nuevo México estuvo dividida en dos grandes conglomerados humanos, uno al norte, en el alto río Grande del Norte, o Bravo, sobre lo que fueron alguna vez los dominios de los indios pueblo, y otro al sur, río abajo, el cual tenía como centro el Paso del Río del Norte o, simplemente, El Paso.<sup>3</sup> Un grande y seco despoblado de más de un centenar de kilómetros, llamado “la jornada del muerto”, separaba a los pueblos del bajo de los del alto río Bravo; de fundación y poblamiento mucho más tardíos, la región de el Paso del Río del Norte, siempre guardó una gran independencia con respecto a su contraparte norteña. Durante todo el periodo colonial fue ésta una zona aislada y relativamente rica al mismo tiempo; largos trechos de caminos frágiles la separaban también hacia el sur de los más cercanos poblados españoles de importancia como Janos, Casas Grandes, Cusihuiriachi, o Chihuahua, ya en el siglo XVIII. Se debe quizás a su aislamiento que esta provincia haya permanecido un tanto olvidada por parte de los historiadores modernos, pero tal abandono contrasta, en realidad, con su importancia dentro del contexto norteño colonial, pues, muy a pesar de su lejanía, la comarca del Paso del Norte llegó a ser, a mediados del siglo XVIII, una de las más populosas de todo el norte de la Nueva España. La cartografía de los siglos XVII y XVIII, sí refleja, en cambio, esta situación. Contamos con cuatro mapas anteriores al de Miera y Pacheco que describen también el bajo río Bravo: el del gobernador Peñalosa de 1680, uno anónimo, con fecha de 1710, intitulado “Nuevo Reino de la Nueva Navarra”, la carta de Barreiro de 1727 y la del franciscano Menchero de 1745. Esos cuatro mapas tienen la ventaja de haber sido elaborados por gente conocedora del territorio y el conjunto de todos ellos resulta ser una fuente de información de primer orden.

### *Antecedentes*

Durante el siglo XVI y buena parte del XVII, la mayoría de mapas que representaban el norte de la Nueva España fueron realizados por

<sup>2</sup> No se cuenta con ningún buen estudio global de esta zona para la época colonial, sólo W. H. Timmons intenta reunir la información disponible aunque no la analiza a fondo: *El Paso. A Borderland History*, El Paso, Texas University Press, 1990, p. 2-72; los primeros años de la colonia fueron estudiados por Anne Hughes, *The beginnings of spanish settlement in the El Paso district*, Berkeley, California, University Press, 1914.

<sup>3</sup> El pueblo tuvo su origen en la misión franciscana de Nuestra Señora de Guadalupe de los indios mansos, ésta fue fundada en 1659. Existe aún la capilla de la misión la cual se encuentra hoy a un lado de la catedral, en el centro de Ciudad Juárez, Chih. El presidio de El Paso, llamado de Nuestra Señora del Pilar y del glorioso San José, se erigió más tarde, en 1683.

cartógrafos de gabinete, a partir de datos entresacados de informes y crónicas de muy diversa índole; casi todos están plagados de errores y anacronismos, e incluso es posible encontrar en ellos lugares enteramente míticos, como Quivira, en el mapa de 1566 de Zaltieri o en el de 1650 de Sansón de Abbeville, o como Marata en el de Coronelli de 1688.<sup>4</sup> La primera carta del sur del Nuevo México elaborada con datos levantados sobre el terreno mismo es la de Peñalosa de 1680; dentro de esa categoría, ésta es, además, la única carta que se conoce para esa región, anterior a la rebelión de los indios pueblo.<sup>5</sup> Resulta interesante constatar que desde, cuando menos, finales del siglo XVII el mismo río se llamaba del Norte o Bravo: río del Norte en el territorio que pertenece ahora al estado de Nuevo México y Bravo a partir de la zona de El Paso. Pero en el septentrión del mapa de Peñalosa aparecen también lugares que forman parte de la geografía fantástica de aquel momento: los reinos de Quivira y Teguayo. Este trabajo cartográfico iba a tener, sin embargo, un impacto sin precedente, debido a la peculiar historia de su autor. Diego de Peñalosa, gobernador del Nuevo México en la sexta década del siglo XVII, intentó por todos los medios obtener del rey de España una capitulación para poder organizar una gran expedición hacia el fabuloso reino de Quivira que, según sus propios cálculos, se encontraba en algún lugar al norte de su gobernación. Ante la reiterada negativa del monarca hispano, este aspirante a conquistador no tuvo empacho en pasarse al bando enemigo y vender sus servicios a la Corona de Francia.<sup>6</sup> Su mapa, que se conserva hoy en día en el archivo de la marina francesa, circuló en su momento por toda Europa y la información de Peñalosa fue retomada íntegramente por numerosos cartógrafos de la época, entre ellos, por ejemplo, el famoso Coronelli, en 1688.<sup>7</sup> Al igual que en el mapa de Peñalosa, este científico menciona, río abajo de El Paso, las misiones de Guadalupe, un pueblo de sumas y otro de “topiros”; desconoce todavía, a ocho años de su fundación, la existencia de las misiones creadas después de la rebelión de los indios pueblo.

El mapa llamado “Nuevo reino de la Nueva Navarra” de 1710, fue localizado también en París, en la Bibliothèque Nationale, inserto en un manuscrito de 1724.<sup>8</sup> En él, se indican por vez primera los pueblos

<sup>4</sup> Carl Wheat, *Mapping the Transmississippi West*, v. I: *The Spanish Entrada to the Louisiana Purchase, 1540-1804*, San Francisco, The Institute of Historical Cartography, 1957, p. 24, 37 y 38.

<sup>5</sup> Carl I. Wheat, *op. cit.*, p. 45. La extremidad sur del mapa representa únicamente los alrededores de El Paso.

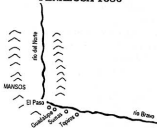
<sup>6</sup> C. Fernández Duro, *Don Diego de Peñalosa y su conquista del Reino de Quivira*, Madrid, Memorias de la Real Academia de la Historia, 1882.

<sup>7</sup> Este último mapa se encuentra en Wheat, *ibid.*, p. 48.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 76-77.

Cartaf Comarcal 1933

### PEÑALOSA 1680



### NUEVO REINO DE LA NUEVA NAVARRA 1710



260°

### BARREIRO 1727



### MENCHERO 1745



0 10 leguas

0 10 leguas

### ALZATE 1768



### URRUTIA 1771



-32°

33°

-30°

32°

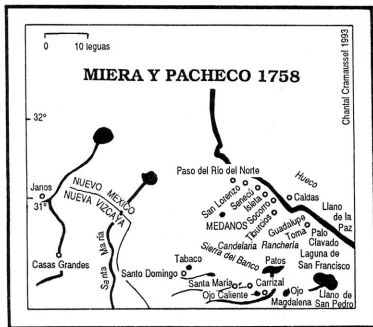


La Sierra de Rancherfa



Dibujo de Miera y Pacheco

## EL CONOCIMIENTO DEL ESPACIO Estudio cartográfico comparativo



Fuente: Carl I. Wheat, *op. cit.*, p. 45, 76, 77, 84, 86 y 88. Se respeta la ubicación de ríos, pueblos y sierras consignados en los mapas antiguos del sur de Nuevo México, los toponímicos se señalan con letra impresa; los ríos y aguajes aparecen señalados con dibujo en negro. Las sierras indicadas por Miera y Pacheco en 1758 se estudian en un mapa aparte.



río abajo de El Paso, fundados después de la rebelión de los indios pueblo, en 1680: El Realito (San Lorenzo), Senecú, Ysleta y Socorro. Los nombres mismos de esos tres últimos poblados fueron tomados de los de las misiones, situadas río arriba en el Nuevo México, de donde provenían los indios amigos que huyeron junto con los españoles durante el gran alzamiento de los pueblo. Notemos que la región del bajo río Bravo aparece como cercana a Janos y a la laguna de Ascención, situados, en realidad, mucho más al oeste. Esta deformación obedece a dos razones: en primer lugar, no se sabía todavía calcular las longitudes y, en segundo lugar, es muy probable que el camino más usado hacia el Nuevo México en aquel entonces, por contar con más aguajes y pueblos, fuese el del pie de la sierra, es decir, el que pasaba por Casas Grandes. Nombre de Dios, misión aleada al lugar donde se fundaría en 1709 San Felipe El Real de Chihuahua, está totalmente descentrada hacia el sureste del mapa.<sup>9</sup> La ruta directa que había abierto Juan de Oñate en 1598 en su periplo hacia el Nuevo México, parece haber sido poco practicada a principio del siglo XVIII dadas las dificultades que oponía al caminante. Atravesar la llanura semidesértica al norte de Chihuahua significaba tener que pasar por demasiados despoblados y por pocos aguajes en un momento en que los indios no cesaban de alzarse; después de la rebelión pueblo de 1680, los indios de las llanuras, así como los tarahumaras y los conchos, no cesaron de hostilizar a los asentamientos españoles del altiplano.<sup>10</sup>

En su mapa de 1727<sup>11</sup> Barreiro retoma la información contenida en el de la Nueva Navarra de 1710, pero corrige la localización de Casas Grandes, situada en Nueva Vizcaya, muy al suroeste de El Paso: él mismo, en persona, había recorrido el camino de El Paso a Janos con el brigadier Pedro de Rivera.<sup>12</sup> Barreiro fue el primero en representar con cierta fidelidad los límites entre la Nueva Vizcaya y el Nuevo México; innova también al indicar los grados: El Paso está situado cerca de los 32° de latitud y 260° de longitud.<sup>13</sup> Por primera vez también dibuja el Nuevo México como un corredor rodeado por indios apaches

<sup>9</sup> En la ribera sur del río de Nombre de Dios se señala otra población que podría corresponder a San Francisco de Cuéllar o a Santa Eulalia, pero que, desgraciadamente, carece de nombre.

<sup>10</sup> Ver Susan Deeds, "Las rebeliones tarahumaras del siglo XVII", *Dos estudios de historia regional colonial*, Cuadernos de trabajo 7, UACJ, 1992, p. 7-13 y William Griffen, *Indian assimilation in the franciscan area of Nueva Vizcaya*, Tucson, Arizona University Press, 1979, p. 18-24.

<sup>11</sup> Carl I. Wheat, *op. cit.*, p. 77.

<sup>12</sup> El diario ha sido editado por Guillermo Porras: Pedro de Rivera, *Diario y derrotero de lo caminado, visto y observado en el discurso de la visita general de presidios, situados en las provincias internas de Nueva España, 1724-1728*, México, 1945.

<sup>13</sup> Se dividía en el siglo XVIII la tierra en 360 grados, siendo un día solar equivalente a 360 grados y una hora a 15 grados de longitud: Lloyd Brown, *The story of maps*, New York, Dover Publications, 1977. p. 210.

que se ensancha en la región de Santa Fe, al norte, y a la altura de El Paso, en el sur.

El mapa de fray Juan Miguel Menchero de 1745,<sup>14</sup> ya nos ofrece datos más precisos que serán reutilizados por Miera y Pacheco: ubica la recién fundada misión de Nuestra Señora de las Caldas (erigida en 1733)<sup>15</sup>, en la margen izquierda del Bravo; menciona también las haciendas de Tiburcio y San Antonio, así como el Cerro Hueco, y más al sur sitúa las haciendas de El Carrizal, El Ojo Caliente y las demás estancias pertenecientes al gobernador Manuel de San Juan y Santa Cruz que se encontraban entre El Paso del Norte y Chihuahua (se trata de los lugares que no tienen nombre localizados cerca de los agujeros en el margen izquierdo del mapa reconstruido: ver el conjunto de mapas intitulado “El conocimiento del espacio”). Sin embargo, este mapa, por lo demás muy artístico, no respeta ni indica las latitudes: son los ríos los que estructuran la carta, los poblados y las sierras sirven tan sólo para rellenar los espacios vacíos, muy a la manera de la cartografía medieval. Por otro lado, el camino que une El Paso con la Nueva Vizcaya viene directamente de la entonces pujante comarca de San Felipe El Real de Chihuahua y ya no del norte de la “conchería” (Casas Grandes y San Buenaventura), como en el mapa de la Nueva Navarra de 1710. La hacienda del Carrizal aún no se transformaba en presidio y por ello quedaba fuera de la ruta de los transeúntes; en el mapa de Menchero esta estancia es representada mucho más al oeste que en los trabajos cartográficos posteriores. Por esa época el territorio entre Chihuahua y El Paso se estaba poblando y los asentamientos del bajo río Bravo se encontraban en pleno crecimiento: mientras que a fines del siglo XVII sus habitantes no rebasaban el millar, hacia 1750 había ya unas tres mil personas en la región.<sup>16</sup> La población no cesaría desde entonces de aumentar y alcanzaría la cifra, enorme para el norte de la Nueva España, de 4790 personas en 1765, siete años después de que Bernardo Miera y Pacheco elaborara su mapa del Nuevo México.<sup>17</sup>

## EL MAPA DE 1758 DE BERNARDO DE MIERA Y PACHECO

### *El autor*

En 1758, obedeciendo una orden del virrey marqués de las Amarillas quien mandó elaborar cartas de todo el norte del virreinato de la Nueva

<sup>14</sup> Carl I. Wheat, *op. cit.*, p. 84.

<sup>15</sup> W. H. Timmons, *op. cit.*, p. 36.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 23 y 25.

<sup>17</sup> Pedro Tamarón y Romeral, *Viajes pastorales y descripción de la diócesis de Nueva Viscaya (1765)*, edición de Mario Hernández y Sánchez Barba, Madrid, Aguilar, 1958, p. 1024-1027.

España, Bernardo de Miera y Pacheco recorrió toda la Nueva Vizcaya en compañía del gobernador Antonio Marín, con el expreso propósito de levantar información para su tarea. Fue así como nació el primer mapa preciso y detallado del sur de la provincia del Nuevo México, es decir del bajo río Bravo y de la parte norte del actual estado de Chihuahua.<sup>18</sup> Miera y Pacheco reunía en su persona tanto una preparación académica adecuada, ya que había cursado estudios de ingeniería, como un buen conocimiento del terreno. Era nativo de Valle de Carriedo, en las montañas de Burgos, y se desconoce la fecha en que se embarcó hacia el nuevo continente, pero sabemos que fue en Nueva Vizcaya donde conoció a su esposa, una refugiada de las guerras del Nuevo México, llamada Estefanía Domínguez de Mendoza. La pareja residió un tiempo en Chihuahua donde nació su primer hijo, Anacleto, en 1742; en 1743 se establecieron en Paso del Norte, lugar de nacimiento de su segundo hijo, Manuel. Allí, el ingeniero condujo cinco campañas contra indios hostiles. Años después, en 1756, fue nombrado alcalde mayor y capitán de frontera en los pueblos de Pecos y Galisteo en el alto río Bravo.<sup>19</sup>

Miera y Pacheco realizó posteriormente, en 1773, un mapa de la región de El Paso, cuando se pensaba en la fundación de nuevos presidios;<sup>20</sup> en 1776 tomó parte en la expedición de fray Francisco Atanasio Domínguez y fray Silvestre Vélez de Escalante que viajaron desde Nuevo México a Utah en busca de una ruta hacia California;<sup>21</sup> durante este último periplo realizó cartas de toda la mitad sur de los actuales Estados Unidos y llegó a ser, gracias a ello, uno de los cartógrafos más prominentes de su tiempo. Miera terminó por quedarse el resto de su vida en el Nuevo México donde se asentaron sus descendientes después de su muerte, acaecida el 11 de abril de 1785.

### *Análisis del mapa*

En su mapa de 1758, Miera y Pacheco no menciona las longitudes que sabe eran sólo aproximadas,<sup>22</sup> pero sí asienta los grados de las latitudes<sup>23</sup> e incluye una escala en leguas. Los pueblos de la región de

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 86-87.

<sup>19</sup> Fray Angélico Chávez, *Origins of New Mexico families in the spanish colonial period*, Santa Fe, The Historical Society of New Mexico, 1914, p. 229-230; Kessell, *op. cit.*, p. 507-509.

<sup>20</sup> W. H. Timmons, *op. cit.*, p. 38.

<sup>21</sup> Carl I. Wheat, *op. cit.*, p. 94-116.

<sup>22</sup> No se supieron calcular correctamente sino hasta finales del siglo XVIII: Lloyd Brown, *op. cit.*, p. 94-116.

<sup>23</sup> Las latitudes comenzaron a estimarse de manera sistemática desde finales del siglo XV y, como veremos más adelante, su cálculo era más o menos confiable en el siglo XVIII: *Ibid.*, p. 180-207.

El Paso están en el paralelo correcto, aunque un poco recorridos hacia el sur, y el autor coloca también a Casas Grandes y El Carrizal<sup>24</sup> al sur de los 30 grados, cuando en realidad se encuentran al norte de esa línea imaginaria. Aunque no se precisa en la documentación que tipo de instrumentos usó Miera para elaborar su mapa de 1758, es seguro que la medición de las distancias de sur a norte se efectuara gracias a un cuadrante con el cual realizaba observaciones de las posiciones del Sol y de la estrella polar.<sup>25</sup> Este proceder confiable en lo que respecta a la evaluación de las latitudes, no permitía, en cambio, apreciar las longitudes; de hecho, hasta fines del siglo XVIII, los cartógrafos nunca fueron capaces de consignar con precisión, a partir de mediciones astronómicas, las distancias que separaban un lugar de otro punto situado al este o al oeste del mismo.<sup>26</sup> El estudio que llevamos a cabo lo muestra; si comparamos el mapa moderno con el de 1758, encontramos que este último presenta, en su parte derecha, una pronunciada deformación que hace aparecer las distancias este-oeste mucho menores de lo que son en realidad.

El mapa de Miera de 1758 contribuyó a la elaboración posterior de los mapas bien conocidos de Alzate (1768), Lafora (1771) y Urrutia (1771),<sup>27</sup> en todos ellos el territorio sufre la misma contracción este-oeste. La influencia del trabajo de Miera en el mapa de Alzate es la menos clara ya que los cursos de los ríos que conducen a las lagunas están mal orientados, en 1768, y si bien Alzate indica las latitudes correctas de las poblaciones (esta vez Casas Grandes se encuentra al norte de los 30°), comete faltas graves en la localización de algunas poblaciones: Encinillas, hacienda cercana a la villa de Chihuahua, aparece, por ejemplo, al noroeste de la estancia del Carrizal, la cual coloca también demasiado al norte. Cabe remarcar aquí que las latitudes indicadas por Urrutia en 1771 son mucho más inexactas aún: sitúa El Paso en el grado 33, cuando en realidad se encuentra al sur del paralelo 32, pero co-

<sup>24</sup> El Carrizal está aún consignado como hacienda, aunque pasó a ser presidio en enero de 1758: Oakah L. Jones, *New Vizcaya, Heartland of the spanish frontier*, Albuquerque, New Mexico University Press, 1987, p. 152-155.

<sup>25</sup> Miera y Pacheco usó estos métodos en 1776: J. Cecil Alter, "Fray Escalante's map", *Utah Historical Quarterly*, No. 1, April 1941, p. 66; el cuadrante es una variante del antiguo astrolabio medieval: Lloyd Brown, *op. cit.*, p. 180; el astrolabio, por cierto, fue un instrumento que llegó a formar parte de los objetos útiles para cualquier hacendado que pretendía medir así sus tierras, de hecho, se encontró uno de esos astrolabios en el inventario de un gran terrateniente parralense de principios del siglo XVIII: Gustavo Curiel, *Los bienes del mayorazgo de Juan Cortés del Rey* (en prensa).

<sup>26</sup> Lloyd Brown, *op. cit.*, p. 208-240.

<sup>27</sup> El mapa de Urrutia se encuentra en Carl I. Wheat, *op. cit.*, frente a la página 88; para efectos comparativos ver los mapas redibujados que se anexan al presente artículo; el mapa de Lafora está publicado, aunque resulta casi ilegible, en *Viaje a los presidios internos de la América septentrional* (1766), edición de Mario Hernández y Sánchez-Barba, Madrid, Aguilar, 1958, p. 273.

loca correctamente las lagunas de Guzmán y Ascensión al sur del grado 32 y es debido a este error de cálculo en la latitud de El Paso que hace aparecer en su mapa un trecho enorme y ficticio que separa la región de Janos y de Casas Grandes de las márgenes del río Bravo.

En el mapa de Miera y Pacheco de 1758 los ríos y las tierras son los elementos que reconstituyen el entorno geográfico y estructuran la carta. De hecho, la carta está diseñada con un doble propósito. El primero es, por así llamarlo, de "orden científico", es decir, ubicar los poblados en el espacio geográfico. El segundo, en cambio, es, como veremos más adelante, de naturaleza enteramente práctica: servir como guía para el caminante. En esta carta los signos que consignan pueblos y asentamientos de españoles, misiones y rancherías de indios, sierras y ojos de agua, son de alguna manera los convencionales de la época y serán retomados por el mismo autor en su mapa de 1778 del Nuevo México.<sup>28</sup> No obstante, si bien la localización de pueblos y lugares intenta ser precisa, ya que se sitúan siempre en una latitud específica, cuando la composición pictórica así lo exige, el espacio geográfico es deformado sin más. Es así, por ejemplo, que no se respetan, en absoluto, las distancias reales que median entre los poblados del bajo río Bravo; muy a la manera de los mapas antiguos, en éste importa más la claridad del dibujo que la representación de las distancias reales, y a pesar de la "escala de leguas" colocada en la parte inferior izquierda las misiones que se encuentran en la ribera derecha del río son dibujados a intervalos casi equidistantes entre sí, tan sólo para que no se empalmen las figuras de iglesia que representan a cada poblado.

Las iglesias, pensadas como centros simbólicos de los poblados de cristianos, marcan los asentamientos misionales; las misiones abandonadas, por su parte, se indican también con una iglesia, pero esta vez sin la cruz (Caldas, Santo Domingo, Casas Grandes), y las haciendas por el signo convencional europeo de una casa, a veces con altos y con techo de dos aguas a pesar de haber sido poco comunes en la América española septentrional. El presidio de El Paso es dibujado con una iglesia sobre la cual se alza una bandera. Llama la atención, por otro lado, cómo ciertos rasgos muy característicos del lugar, en vez de evocarse por medio de símbolos convencionales, son delineados de manera mucho más realista. Por demás interesantes son los dibujos con los cuales se representan en el mapa las rancherías de los indios gentiles: especies de "igloos" o medias esferas, con una única puerta y sin ventanas. Se trata, en realidad, de las viviendas típicas de indios semi-sedentarios de la región, como los sumas y ciertos grupos de apaches,

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 108-109.

llamados hoy en día “wickiups” por los arqueólogos americanos; eran éstas unas casas redondas semisubterráneas, hechas de hierbas y palos, y que tenían en efecto la forma de un “igloo”, tal y como aparecen en el mapa.<sup>29</sup> De manera perfectamente realista, Miera diferencia esas moradas que comparten indios sumas y apaches (cerca de Palo Clavado o al norte de la sierra del Sacramento) de las tiendas portátiles en forma de cono (hoy llamadas “tipis”), propias de los indios de las grandes llanuras, como las de los apaches carlanes, que aparecen en el mapa al sur del río Salado. La leyenda que acompaña a esos dibujos confirma plenamente el prurito de realismo con que Miera realizó esos dibujos, pues en el texto el cartógrafo precisa que las casas esféricas o “wickiups” eran habitaciones de gentiles en general, mientras que los “tipis” eran propios de los indios vagos, es decir nómadas. Con todo esto el cartógrafo nos indica también que los apaches y sumas del sur del Nuevo México no eran clasificados a mediados del siglo XVIII como nómadas. Miera ubica a los sumas, por cierto, en la misma zona donde los situó Barreiro en su mapa de 1728,<sup>30</sup> río abajo de El Paso, cerca de la Junta de los Ríos, en el ahora territorio del noreste chihuahuense.

Otro elemento de gran realismo pictórico en el mapa, y que puede ser también una rica fuente de conocimiento histórico, son las serranías. Estas resultan particularmente interesantes ya que plasman el paisaje tal y como era observado por el transeúnte de la época. Para el caminante que decidía adentrarse en las grandes planicies norteañas los ríos y las cadenas montañosas eran, sin lugar a dudas, los puntos de referencia más importantes que encontraba en aquellas vastedades y es por ello que aparecen con enorme realismo en el mapa. De la manera como fueron dibujadas por Miera y Pacheco en 1758 las serranías allí consignadas podrían, hoy todavía, orientar los pasos del caminante. No son, como en el mapa de Lafora, simples rellenos para los espacios vacíos, sino que en el mapa de Miera se trata de representar el espacio conocido como era visto por el observador *in situ*. La representación cartográfica reproduce los accidentes geográficos y las poblaciones de manera muy fiel cuando funcionaban como puntos de orientación: su sola existencia no podía ser una razón suficiente para justificar su aparición en el plano. Aparecen así cerros pequeños, como la Candelaria o Ranchería, en medio de los cuales pasa el camino real, mientras que se omiten otros muchos más grandes, como la Sierra Florida, por en-

<sup>29</sup> Son descritas de esta manera por Antonio Cordero y Bustamante en 1796: Guillermo Porras Muñoz, “Los apaches a fines del siglo XVIII, según un manuscrito de Don Antonio Cordero y Bustamante”, *Boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos*, t. V, febrero 1944, p. 112-123 y mayo 1944, p. 140-160, junio-julio 1944, p. 184-195.

<sup>30</sup> Wheat, *op. cit.*, p. 82.

contrarse ésta, por aquel entonces, fuera de las rutas transitadas. Cada elemento de la carta responde así a criterios de construcción que lejos de ser arbitrarios son, por el contrario, bien discernibles. En el mapa de Miera y Pacheco, desde El Carrizal hasta El Paso, por ambos lados del camino real, cada una de las sierras que interrumpen la horizontalidad de la llanura aparecen representadas, por pequeñas que fueran: El Banco de Lucero, las sierras aisladas ya mencionadas de Ranchería, Candelaria, y la de Samalayuca, las modestas elevaciones que marcan el bordo del lecho del río, así como la actual sierra de Juárez y los cerros Hueco y del Aire que se divisan desde muy al sur. Todas las serranías alrededor del Barreal, al norte del Carrizal, se mencionan: era allí, cerca del actual Salinas de la Unión, que se cosechaba, después de la estación de lluvias, la sal que era usada después en el beneficio del mineral en Chihuahua, Cusihiuriachi o Parral.<sup>31</sup> Y no sólo son representados todos esos cerros y cadenas montañosas, sino que el dibujo de cada una de ellas es fiel a las siluetas que el viandante alcanza a divisar desde el camino real, al dirigirse hacia el norte.<sup>32</sup>

Por otra parte, notamos en este mapa, como en los anteriores, que el río Bravo se encuentra mucho más al norte de su curso actual, quedando todas las misiones (con excepción de Las Caldas) en su ribera derecha tal y como lo estuvieron hasta 1829, fecha en que se desvió el río Grande hacia el sur.<sup>33</sup> De especial interés son también los ojos de agua del altiplano desértico chihuahuense: Ojo de la Magdalena, Ojo Caliente, Ojo del Tabaco, Ojo de Samalayuca (abajo de la palabra médanos). No se consignan los agujeros en la parte izquierda del mapa, donde los ríos son más abundantes y la escasez de agua no impide el tránsito de los hombres. Las lagunas, abrevaderos naturales, se ponen también en relieve exagerando su extensión (la de Guzmán, de Santa María, de Patos y de San Francisco, de izquierda a derecha). El mapa de Miera comparte esta característica con los de Menchero, Alzate y Urrutia; todos señalan la presencia de los agujeros situados en la planicie, que facilitan el paso de los hombres y de sus monturas, en cambio omiten los que brotan en las sierras interiores donde los apaches solían construir sus moradas.

Los médanos, cuyas arenas impedían el paso de los carruajes pesados, asientan en el mapa de Miera que era imposible la existencia de un camino recto, fácilmente transitable, entre El Carrizal y El Paso; en

<sup>31</sup> Robert West, *The mining community in northern New Spain: the Parral mining district*, Berkeley, California University Press, 1949, p. 115; esas salinas fueron explotadas desde 1665.

<sup>32</sup> Véase la ilustración adjunta donde se compara una foto con el dibujo de Miera y Pacheco.

<sup>33</sup> Salvo Senecú y Guadalupe, todas estas misiones se encuentran ahora en territorio estadounidense, W. H. Timmons, *op. cit.*, p. 106.

este mapa, como después en el de Urrutia, resulta claro que la vía de acceso natural al río Bravo desde el sur es la que va de El Carrizal a la laguna de Patos, para después rodear la sierra de Ranchería y llegar al río a la altura de Guadalupe Toma.<sup>34</sup>

Durante mucho tiempo, las fronteras entre la Nueva Vizcaya y el Nuevo México fueron inciertas. A fines del siglo XVI, cuando Oñate tomó posesión de la provincia, el Nuevo México principiaba en el río del Norte, pero, a la larga, los vecinos de la comarca de El Paso, ante la casi imposibilidad de poblar la ribera norte del río Bravo, infestada por indios rebeldes,<sup>35</sup> fueron poblando las tierras situadas más al sur del río, extendiendo la jurisdicción de la villa de El Paso en esa dirección, sobre más de 100 kilómetros. En la tercera década del siglo XVIII Pedro de Rivera fue el primero en aportar algunas precisiones en cuanto al límite sur del Nuevo México, el cual fijó en el paraje de la Boquilla, sobre el río del Carmen. En 1766 Nicolás de Lafora dibujó esta frontera sobre la línea misma de ese río, siendo entonces Agua Caliente el primer poblado neomexicano.<sup>36</sup> Esos límites coinciden con los indicados por Miera y Pacheco. Las fronteras este y oeste del sur del Nuevo México, en cambio, permanecieron imprecisas en el siglo XVIII porque no había suficientes poblados por esos rumbos como para delimitar jurisdicciones. Mientras que Barreiro, en 1727 y 1728, fija el límite este del Nuevo México en el río del Norte y extiende el territorio de esta gobernación hacia Janos, en el oeste, Urrutia, más realista, lo reduce, en 1771, a unas cuantas leguas por ambos lados del camino real. Ni siquiera incluye el cerro de Ranchería y Guadalupe Toma en el Nuevo México; según este mismo autor, los sitios donde se habían intentado levantar los presidios de San Elizario y Pilares, a la altura de Ranchería, cerca del Bravo, se encontraban, en 1771, en pleno territorio de los apaches del Nataje. Miera y Pacheco, 13 años antes, parece considerar aún estos últimos parajes como pertenecientes a la jurisdicción de Nuevo México. De la misma forma, si comparamos estos últimos dos mapas, constatamos que el límite occidental de la provincia del Nuevo México se recorrió también hacia el camino real en la segunda mitad del siglo XVIII: mientras Barreiro y Miera lo fijan de manera aproximada en el río de Casas Grandes, Urrutia, en 1771, lo establece

<sup>34</sup> Claudia Mireya Pérez de Luna, "Los caminos reales en el Chihuahua colonial a mediados del siglo XVII", *Cuadernos del Norte* 18, enero de 1992, p. 23-24.

<sup>35</sup> La misión de Nuestra Señora de las Caldas, fundada en 1733, estaba ya abandonada cuando Miera y Pacheco fabrica su mapa; parece haber sido el único intento por parte de la orden seráfica de establecer su dominio del otro lado del río. Los indios habitaban todas las serranías indicadas por Menchero en 1745.

<sup>36</sup> Guillermo Porras Muñoz, *Iglesia y Estado en Nueva Vizcaya*, México, UNAM, 1980, p. 35; Aguacaliente se encuentra a unos 130 km en línea recta de El Paso.



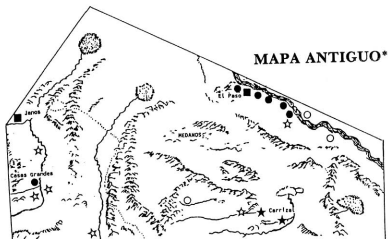
a unas cuantas leguas de El Carrizal. La provincia de los apaches Gila absorbe en este último mapa buena parte del antiguo territorio de la Nueva Vizcaya, el cual principia sólo al sur de la laguna de Ascensión, en la sierra llamada Piernas de Doña María.<sup>37</sup> En cuanto a la demarcación septentrional del Nuevo México, Miera y Pacheco, en 1758, muestra una vez más su prudencia al dejarla imprecisa, mientras Barreiro, años antes, pareció fijarla de manera arbitraria por medio de una recta imaginaria que va desde la laguna de Guzmán hasta la Jornada del Muerto.

En una época en que los procedimientos para medir latitudes eran conocidos desde hacía mucho tiempo los cartógrafos todavía cometían errores notables de apreciación y por esa razón se equivocaban también con frecuencia al tratar de precisar distancias norte-sur; un buen ejemplo es la distancia estimada entre Chihuahua y El Paso: Barreiro, en 1728, evalúa este recorrido en menos de 70 leguas, cuando en realidad eran cerca de 90 (370 km) las leguas que separaban ambas villas. Alzate, 30 años después, distorsiona todavía más la realidad, al establecer esta distancia en unas 50 leguas mientras que Urrutia, en 1771, casi acierta, ya que calcula en 70 leguas el camino de El Paso al Sauz,<sup>38</sup> hacienda situada a unas 10 leguas de Chihuahua. No obstante, ninguno de los tres cartógrafos aludidos podía desconocer esta ruta ya que por allí pasaba el camino real. Aunque todos la habían recorrido en persona, ni las latitudes ni el tiempo de recorrido les permitieron tener un conocimiento geográfico exacto del territorio. No es sorprendente, por lo tanto, que los márgenes de error sean todavía más grandes para evaluar distancias de este a oeste si, por añadidura, se desconocía el modo de calcular las longitudes. El tiempo de recorrido era, en este caso, el único medio para medir distancias, sin embargo, este nunca fue criterio totalmente confiable para fines cartográficos. Si bien los tiempos de recorrido pueden aportar criterios suplementarios en la elaboración de una carta, los accidentes y sinuosidades del camino deforman inevitablemente la apreciación de las distancias en línea recta de manera mucho más marcada en tierra que en alta mar, donde también se medían las distancias de ese modo. Las observaciones astronómicas eran el único medio más o menos seguro para corregir esta clase de deformaciones.

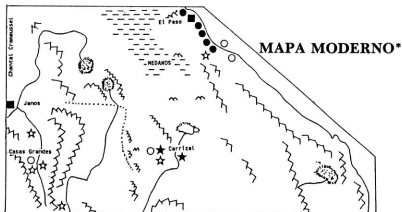
<sup>37</sup> Recordemos, sin embargo, que lo extenso del territorio atribuido a los apaches Gila es también consecuencia de un deficiente cálculo de latitudes; como lo mencionamos anteriormente, Urrutia estima correctamente la latitud de Casas Grandes, pero coloca El Paso demasiado al norte.

<sup>38</sup> El mapa de 1727 también tiene escala, pero resulta totalmente ilegible en la edición de Carl I. Wheat, *op. cit.*, p. 82.

## COMPARACION ENTRE EL MAPA DE 1758 Y EL MAPA RECONSTRUIDO



\* Se indican los asentamientos con los signos utilizados en el mapa de localización.



\* Se imitan los signos antiguos para indicar las lagunas y las sierras pero se respeta su localización geográfica.

En el mapa de Miera y Pacheco el sur del Nuevo México sufre una contracción muy pronunciada al este de El Carrizal, en dirección del territorio de los indios sumas (como lo bautizó Barreiro en 1728), y la deformación es mucho mayor que la que se aprecia al oeste de ese mismo punto. La parte sudoriental del Nuevo México era quizás, a mediados del siglo XVIII, la menos conocida por estar habitada por indios infieles de guerra. Miera no pudo con seguridad transitar con la suficiente frecuencia por esta zona como para poder medir con alguna precisión los tiempos de recorrido. Todos estos problemas no son sino consecuencia del corto conocimiento que los propios españoles del lugar tenían de toda esa gran porción de territorio abrupto, semidesértico y poblado de indios hostiles que hoy corresponde al noreste del estado de Chihuahua; ante la imposibilidad de hacer siquiera un somero recorrido de la zona, una estimación "a ojo", quizás demasiado prudente, fue la opción que eligió al cartógrafo. En cambio, para la porción oeste del mapa, Miera y Pacheco incurre en la falta contraria: sobrevalora las distancias. Podemos incluso suponer, con cierta seguridad, que conocía la ruta de El Paso a Janos, muy transitada por aquel entonces, gracias al auge simultáneo de la región del bajo río Bravo y de las minas de Sonora, y que los tiempos de recorrido por esa ruta le sirvieron como base en sus estimaciones para esa parte del territorio. Este camino, que también fue recorrido por Barreiro y Pedro de Rivera, pasaba al sur de los médanos, por la laguna de Ascensión, la cual Miera sitúa con toda exactitud. El cartógrafo se equivoca, en cambio, cuando trata de ubicar en el mapa lugares situados al oeste de ese punto, como la hacienda de Santo Domingo, y dibujar las serranías situadas al poniente del Carrizal, las cuales coloca de manera un tanto fantasiosa. Contrario a lo que sucede con las cadenas montañosas que él mismo avistó desde los caminos, el dibujo de éstas no corresponde, en lo absoluto, al paisaje que podría observar el viajero *in situ*: el Banco de Lucero, que desde el antiguo camino real aparenta tener una forma muy alargada, en realidad no se prolonga tanto hacia el oeste como aparece en el dibujo del mapa. En cuanto a las elevaciones que destacan al occidente del Carrizal son tan sólo cerros aislados que no conforman ninguna gran serranía, como parece haberlo supuesto Miera y Pacheco. Todo indica que el cartógrafo no viajó nunca desde El Carrizal hasta Casas Grandes; esta ruta sólo comenzaría a ser frecuentada justamente a partir de 1758, cuando, después de la fundación del presidio del Carrizal, los viajeros pudieron contar con la escolta armada de aquel asentamiento militar para atravesar el altiplano en dirección este-oeste. Este mismo problema de recorridos, explica también, en gran parte, los problemas de Urrutia con su carta de 1771, pues el camino que pasaba por el sur de los médanos

para ir de El Paso a Casas Grandes se abandonó prácticamente durante la segunda mitad del siglo XVIII. Urrutia nunca se pudo dar cuenta, en 1771, del error enorme (un grado de latitud) que cometió al dibujar su carta; de haber recorrido él mismo esa antigua ruta se hubiera percatado, tan sólo por el tiempo de recorrido, de la imposibilidad de colocar a El Paso tan alejado del río Casas Grandes.

### *Conclusión*

Aún con sus deformaciones y licencias extra-cartográficas, el mapa de Miera y Pacheco de 1758 sorprende por su gran exactitud, sobre todo si se le compara con otras cartas célebres de su tiempo, e incluso muy posteriores a él, como por ejemplo, la “Carte générale de la Nouvelle-Espagne” de Alexander von Humboldt, de 1811. Este gran hombre de ciencia alemán, pese a los 53 años transcurridos desde los trabajos de Miera y Pacheco, nunca pudo contar con un bagaje de información comparable al de su casi desconocido antecesor. La carta de Humboldt consigna tan sólo una cantidad muy reducida de poblaciones y, en cambio, es posible encontrar en ella un sinnúmero de errores en la localización de cadenas montañosas, ríos y asentamientos humanos.<sup>39</sup> Nada tiene de extraño que así sucediera; todavía a finales del siglo XVIII, la América del Norte, sobre todo en su parte occidental, era un vasto subcontinente apenas explorado,<sup>40</sup> y poco o nada se sabía fuera de España de lo que pudiera existir en su interior, ni siquiera se conocían con exactitud sus dimensiones. Por buenos que pudieran ser sus trabajos, los cartógrafos españoles del siglo XVIII, y especialmente los que residían en América, como Bernardo de Miera y Pacheco, estaban condenados a nunca salir de un cierto anonimato. El temor de que sus enemigos llegaran a conocer demasiado bien sus posesiones ultramarinas, orilló siempre a la Corona española a ocultar esta clase de instrumentos, y muy poco fue lo que trascendió hasta los círculos científicos europeos. Las mejores cartas de América permanecieron, por siglos enteros, celosamente guardadas en los archivos de la corona de Castilla.

En un contexto como el del siglo XVIII, el conocimiento cartográfico sólo podía ser acumulativo: una carta daba pie a otra y los errores que se pudieran encontrar se corregían verificándolos sobre el lugar mismo. Pero aún conociendo los territorios, y habiéndolos recorridos por generaciones enteras, saber encontrar la propia localización sobre una carta

<sup>39</sup> Véase Carl Wheat, *ibid.*, p. 134.

<sup>40</sup> Ver, por ejemplo, a propósito de la exploración del oeste de Norteamérica: Salvador Álvarez, “James Kirker. El aventurero irlandés”, en *Chihuahua. Las épocas y los hombres*, Ciudad Juárez, UACJ/Meridiano 107/Gobierno del Estado de Chihuahua, 1992, p. 29-41.

no era tarea fácil, ni siquiera para cartógrafos experimentados. Mucho menos cuando se trataba de lugares tan extensos, como los de las tierras interiores de Norteamérica. Un claro ejemplo de ello son las dificultades que encontraban los cartógrafos en calcular las distancias entre puntos lejanos entre sí. Pese a la larga y añeja experiencia que tenían los españoles en recorrer aquellos caminos todavía en 1758, por ejemplo, sólo se tenía una idea muy aproximada de la distancia que mediaba en línea recta entre Chihuahua y el Paso del Norte: las diferencias de opinión variaban casi de simple a doble. No menos que el explorador, o que el simple viandante, el cartógrafo era prisionero de su propia experiencia de los territorios y de los espacios.

Pero es precisamente en esto último donde reside el inmenso valor que esta clase de objetos tienen para el historiador. Los mapas que elaboran los cartógrafos españoles en las Indias Occidentales tienen la característica única de haber sido elaborados por medio de datos obtenidos sobre el terreno a lo largo de muchos años de trabajo y paciente recopilación. Son un testimonio de cómo era vivido y de cómo era visto y entendido el espacio geográfico. La evolución del poblamiento, las rutas que seguían los caminantes, los problemas de tránsito en las diferentes épocas, y hasta el paisaje, se plasman de manera casi inmediata en ese tipo de trabajos cartográficos. Analizados al detalle, los mapas dibujados en el Nuevo Mundo por gobernantes, frailes, ingenieros y militares ofrecen grandes cantidades de informaciones de primera calidad, y a veces únicas, no sólo acerca del espacio geográfico como tal, sino también acerca de las sociedades que lo habitaban. Explorar, conquistar y poblar un territorio no significaba necesariamente dominarlo por completo.

La carta de Miera y Pacheco es un testimonio extraordinario de cómo inmensas porciones de territorio que los españoles del norte de la Nueva España creían ganadas desde hacía siglos les eran, en realidad, ignotas aún. Eran tierras de indios de los que todavía hoy se sabe muy poco: los misteriosos sumas son uno de los mejores ejemplos de este tipo y aun sobre ellos la carta de 1758 nos lega preciosas informaciones. Baste simplemente recordar aquí, para finalizar, que los dibujos de las habitaciones de los indios sumas que Miera y Pacheco plasmó en su carta son, hasta donde hoy se sabe, el único testimonio gráfico que queda de ellas.